

# Europeos, pero no tanto: nacionalismos y populismos en la Unión Europea

José Antonio Rubio Caballero

Universidad de Extremadura

En los años ochenta del siglo pasado, uno de los más reputados estudiosos de la problemática nacionalista en la Europa contemporánea, Ernst Gellner, recurría a un sugerente símil pictórico para describir la evolución sufrida por las identidades étnicas y las lealtades colectivas en los últimos dos siglos. Comparaba el antropólogo (Gellner, 1983, p. 133) al mundo previo al advenimiento del capitalismo y de la revolución liberal con cualquier obra de Oskar Kokoschka, pintor austriaco de la *Sezession*. En ella, las madejas de puntos de diferentes colores estarían enmarañadas y harían imposible cualquier intento de diferenciar superficies netas y lisas. La inasible diversidad de tonos, de matices y de formas, la ausencia de contornos discernibles, serían los propios de ese mundo pre-industrial en el que una multitud de culturas, de instituciones, de jurisdicciones, de lealtades y de identificaciones se solapaban. Gellner oponía a este panorama el planteado por cualquier pintura del artista italiano Amedeo Modigliani. En ella, desaparecen las sombras para que reinen solo unas pocas superficies, grandes, pulcras y planas, perfectamente delimitadas, no dejando el menor margen a la ambigüedad o al encabalgamiento.

Ese era el tránsito, muy plásticamente retratado, desde un universo agrario y pre-nacional hasta otro por el que ha pasado la impronta del Estado moderno, su administración, su racionalidad y también su capacidad para labrar nuevas identidades étnico-políticas. Gellner, sin embargo, pareció ignorar con deliberación o sin ella a otros fenómenos que, ciertamente, no estaban tan desarrollados en el momento en que hizo su afirmación como hoy en día. Fenómenos que hoy nos autorizarían a prolongar su símil pictórico. Pues el cuadro de Modigliani que Gellner presentaba como una estación de llegada, parece estar también siendo suplantado por otro o por otros. Por una parte, se aprecia cómo las nítidas fronteras



entre las tonalidades amenazan con disolverse, como si la compartimentación relativamente sencilla de la era industrial estuviera dando paso a una superficie casi homogénea. Como si el mundo quisiera ya dejar de parecerse a un cuadro de Modigliani para empezar a asemejarse, por ejemplo, a una pintura de Mark Rothko, con sus grandes superficies casi homogéneas, con sus grandes extensiones cromáticamente uniformes o repartidas como máximo entre dos tonalidades. Así luciría el mundo globalizado de hoy: ni como el enmadrado mosaico inicial, ni como el ordenado pavimento posterior, sino como una explanada casi monocroma.

Pero al mismo tiempo, ese impulso de unificación definitiva parece convivir con otro bien distinto, de rasgos simétricamente opuestos, que también vendría a romper la sencillez de la pintura de Modigliani. Porque de nuevo parecen movilizarse quienes desean no ya avanzar hacia las formas de Rothko, sino regresar hacia la estética de Kokoschka, con su pluralidad de tonos, su troceo minúsculo y su barroquismo rico y confuso. La tríada de situaciones presentadas nos coloca ante el doble objetivo de las siguientes páginas. El primero y principal es argumentar por qué ese cuadro de Rothko, simple y casi uniforme, asimilable a la realidad globalizada de hoy y que a menudo se presenta como la estación-término de un camino histórico lineal, es, como mínimo, engañoso. Y lo es porque en su supuesta homogeneidad, la pintura de Rothko puede encerrar en su seno un regreso al abigarrado y anárquico cuadro de Kokoschka –retorno envuelto, ciertamente, en las formas actualizadas de lo que se denomina “glocalización” (Swyngedouw, 1997)–; o bien puede generar actitudes defensivas de Estados o de pueblos que resistan, acentuando sus lealtades a las formas claras y en principio obsoletas de la pintura de Modigliani, es decir, a los esquemas del Estado nacional de origen decimonónico,

con sus aduanas y sus soberanías. El segundo objetivo de nuestro artículo es ensayar un diagnóstico sobre esa específica reacción de los nacionalismos estatales –que teóricamente serían los principales paganos de la mundialización e iban a verse asfixiados por la doble corriente de fusión a gran escala y de fisión a pequeños niveles– pero que, al menos en Europa, están vendiendo su piel a precios más altos de los previstos. La prueba de ello es que a lo largo del último decenio tales nacionalismos parecen haber recuperado terreno añadiendo a su apología, un tanto extemporánea de las patrias, un peculiar estilo discursivo y un claro desprecio hacia aquellos anhelos de convergencia supranacional que, hasta hace no mucho tiempo, eran casi unánimemente suscritos en toda Europa. Se impone primeramente el comprobar si existe alguna caracterización idónea para todos esos movimientos sobre los que, por economía del lenguaje, se viene colgando la genérica etiqueta de “nacional-populismo”; y procede, en segundo término, examinar los motivos que han permitido a esa tendencia el recobrar una vitalidad que ya parecía extinta.

## Las vacilaciones de Occidente

En el análisis del fenómeno nacional-populista empieza a devenir lugar común el recordatorio de la desazón o de las dudas que vienen planeando sobre las sociedades occidentales y que se derivan de su menguante confianza en un modelo, el del liberalismo político y económico, que venía gozando de alto crédito. Desde el inicio de la Gran Recesión ese renovado recelo hacia los principios de la sociedad abierta viene teniendo su relejo en el aplauso que reciben aduanas y muros fronterizos, en las prevenciones contra los acuerdos comerciales internacionales o contra las grandes estructuras supranacionales, y también en el éxito alcanzado por gobiernos fuertes que, aun manteniendo las formas democráticas en sus respectivos países, toman decisiones que limitan la independencia del sistema judicial, la libertad de prensa o que etiquetan como enemigos de la nación a disidentes u opositores. Pareciera como si hoy, después de años en los que se pretendió exportar –incluso armas en mano– el modelo liberal fuera de Occidente, la tendencia marca un repliegue. Son segmentos nada desdeñables de las propias sociedades occidentales las que ahora dudan de las pretendidas bondades del modelo que, como mínimo desde la II Guerra Mundial, constituía una de sus señas de identidad. De modo que ciertas jerarquías, estabildades o inercias del pasado adquieren una renovada popularidad, al tiempo que la globalización económica y los múltiples fenómenos que a ella van directa o indirectamente ligados –desde la inmigración masiva hasta los recortes en las soberanías estatales– empiezan a ser percibidas como errores que precisan corrección, en el mejor de los casos, o incluso como el resultado de un turbio manejo de dimensiones planetarias que solo ha servido para empoderar a una minúscula élite a costa de las masas (Harari, 2017, p. 23).

Contemplado con cierta perspectiva histórica, ese descenso de la confianza en el liberalismo político y económico parece ser el punto más bajo de un viaje de aligeramiento ideológico que empezó tiempo atrás. Antes de la II Guerra Mundial, Europa fue el campo de batalla de tres grandes narrativas: la liberal, la fascista y la socialista. El hundimiento del fascismo dio paso a un escenario solo bipolar y, desde los años noventa del siglo pasado, el liberalismo quedó vivo en exclusiva. Con quizá excesivas dosis de optimismo, se llegó a decretar el “fin de la historia” (Fukuyama, 1992). Pero hoy da la impresión de que el siglo XXI ha traído una nueva trama al argumento que ya parecía cerrado. Pues el propio liberalismo, a los ojos de muchos de los ciudadanos que lo habían disfrutado, perdía brillo, dejaba de representar una guía moral. El único relato que daba sentido a esa concepción teleológica del devenir humano quedaba así maltrecho, dejando en su lugar un hueco, un vacío, rellenado tan solo por dudas e incertidumbres.

## El lado (in)correcto de la Historia

La traducción política de ese fenómeno de desencanto no tardaría en llegar. Nuevos idearios, o idearios antiguos exhumados y repintados, han venido a colmar los espacios que liberó el desprestigio del liberalismo. Vuelcos en las tendencias electorales, crisis institucionales y deterioro de partidos políticos liberales que estaban bien asentados, propulsión de otros que hasta ahora eran marginales, ilustran ese cambio de situación. Con mayor o menor intensidad según los casos, los países de la próspera Europa reflejan el hecho. Frente al modelo de democracia representativa, estos nuevos movimientos preconizan democracias restringidas, en la práctica, a sus aspectos más formales y protocolarios para verse marcadas en realidad por sus acentos plebiscitarios y por liderazgos fuertes e incluso carismáticos. En lo económico, frente al modelo de mercado libre y globalizado, estos nuevos movimientos defienden propuestas que, sin llegar a ser colectivistas, contienen acusadas dosis de estatismo y proteccionismo. Y en el terreno socio-cultural, contra la fe liberal en los principios del cambio, de la innovación y del cosmopolitismo, los nuevos movimientos hacen bandera del conservadurismo, de la tradición y de las identidades heredadas.

El fenómeno que postula tales soluciones viene recibiendo las etiquetas de “nacional-populismo”, de “iliberalismo” o incluso de “alternative-right” (*alt-right*). Cualquier análisis de sus rasgos exige, primeramente, recordar sus tres grandes piezas discursivas. La primera, el nacionalismo, doctrina según la cual a cada pueblo le asiste el derecho natural de disponer de sí mismo, es decir, de ejercer el poder soberano sobre el territorio en que habita. A cada identidad cultural, por lo tanto, ha de corresponderle un Estado independiente. Realidad étnico-cultural y marco jurisdiccional han de tener perímetros coincidentes. El nacionalismo, no obstante, posee caras muy variadas y se puede acoplar a principios políticos de muy diversa naturaleza. Por ello, sería erróneo afirmar que el nacionalismo sea

populismo *per se*, si bien es cierto que todo populismo tiende a contener grados notables de nacionalismo. El segundo ingrediente de estos movimientos iliberales es el susodicho populismo. Se trata de un estilo político o de un ideario según el cual el cuerpo social está dividido en dos grupos homogéneos y antagónicos, el de las personas puras y el de una élite corrupta. La política ha de ser expresión de la voluntad auténtica del primero de esos dos cuerpos. La priorización de la democracia plebiscitaria, la concepción orgánica de la patria, la propensión hacia retóricas maniqueas, el gusto por la emotividad, o el recelo hacia burócratas, intelectuales o instituciones intermediarias propias de la democracia liberal, componen el retrato robot de cualquier movimiento populista. Al que cabría añadir, en el más agudo de los casos, la erosión de esenciales principios del liberalismo como la autonomía de la sociedad civil o el respeto hacia el pluralismo ideológico.

Esta definición genérica merece, sin embargo, tres precisiones. La primera tiene que ver con el color ideológico bajo el que se presenta el populismo. Puede este adoptar bien los ropajes de la izquierda ideológica o bien un cromatismo conservador y nacionalista. Examinemos el caso. Desde que se hundiese la URSS a finales del siglo pasado, cada vez fueron más los movimientos de izquierda que optaron por reemplazar su vetusto utillaje ideológico de cuño marxista por el material discursivo que ofrecía el populismo. Se comenzó a hablar entonces no ya de la lucha de clases, sino de la oposición entre el nosotros y el ellos; apelar a la sana rabia de las gentes de a pie, acudir a una concepción simple, moral, emotiva, de la política, oponiendo a la corrupción de la élite el sentido común de las gentes ordinarias. Y partiendo de una concepción agonística de lo social, esa nueva izquierda acabó por desmarcarse de los alambicados juegos conceptuales que practicaba antaño para acabar compartiendo algunos rasgos, paradójicamente, con las derechas nacionalistas. Y es aquí donde caber marcar la segunda acotación arriba anunciada. Que el estilo y el mensaje populistas reúnan a ciertas izquierdas y a ciertas derechas no quiere decir que unas y otras sean intercambiables. Eso es verdad solo hasta cierto punto. Porque sí hay diferencias entre unas y otras. La principal de ellas radica en la naturaleza del “ellos” y del “nosotros” que se proponen como antitéticos y en el sitio donde se sitúa la frontera entre ambos. Mientras que el populismo de izquierda otorga más peso a la división entre los de arriba y los de abajo, el de derecha o nacional-populismo, sin ignorar totalmente esa línea divisoria, hace primar otra, que es la que separa a “los de dentro” de “los de fuera”, es decir, la que distingue a la cultura local y nacional de las culturas exteriores o alogenas. Y es en concreto esta segunda fórmula la propiamente nacional-populista, aquella que llega con el marchamo derechista y la que centrará la atención de las siguientes páginas. Principalmente porque es la que con más claridad avanza en los países europeos (con las excepciones meridionales de España o de Grecia, y en cierto modo de Italia, donde los populismos de izquierda sí han crecido a la par que los de derecha o incluso los han superado en fuerza social).

La tercera de las matizaciones que cabe efectuar con respecto a la definición canónica del populismo se deriva del carácter fijo y reductor que suele otorgársele

a la categoría. Pues el llamado “populismo” corre el riesgo de convertirse en una cómoda etiqueta difamatoria que sirve para describir situaciones en realidad muy variadas. Por ello, no es ocioso plantearse si ese populismo, más que la simple reacción primaria de masas adoctrinadas por líderes oportunistas que azuzan sus instintos más elementales, es una expresión del razonable desencanto sentido por grandes sectores de ciudadanos en relación a un establishment que ha revelado sus fallas. Al menos una parte de la comunidad académica ya está señalando, y seguramente con razón, que algunos de los rasgos más típicos de los movimientos populistas en el Viejo Continente, como el euroescepticismo, no tienen por qué ser el fruto de un nacionalismo asilvestrado y etnicista. Ni los partidarios del populismo serían siempre dictadores potenciales ni sus votantes reproducciones clónicas del *redneck* norteamericano: son más bien un conjunto de realidades sociales concretas las que han llevado a muchas poblaciones a adoptar actitudes defensivas frente a la mundialización. Podría añadirse que, si el populismo suele ver su nombre ligado al menoscabo de la democracia, tampoco algunas de las realidades contra las que aquel se posiciona brillan, en muchos casos, por su exquisitez democrática. Resulta irónico —sostienen, de hecho, los partidarios del populismo— que sean precisamente ellos los que tengan que ser tachados de maltratadores de la democracia, cuando su discurso se fundamenta en denunciar la falta de transparencia y de control democrático de las grandes instituciones supranacionales. Reprochan, por añadidura, los partidarios del populismo a las élites globalistas o eurófilas el estar enfrascadas en una autocomplacencia que a la postre les es contraproducente: al afirmar que “Europa no es el problema sino la solución” (Védrine, pp. 13-35), o al colocar sobre los votantes del nacionalismo desagradables adjetivos, esas élites seguirían dinamitando los puentes con sus teóricos representados.

El tercer elemento del cóctel nacional-populista vendría dado, al menos en el Viejo Continente, por el llamado euroescepticismo, entendido como la desaprobación del proceso de integración europea y el rechazo total o parcial de la UE. Una actitud derivada de dudas en cuanto a la viabilidad o la utilidad del proyecto. Tal posicionamiento genérico ha cobrado y cobra una variada gama de intensidades, que irían desde el recelo y la desafección pasiva hasta la oposición frontal. Argumentan estos movimientos que la UE se habría edificado sin contar con la voluntad de los pueblos constituyentes y que su refuerzo exige erosionar las soberanías nacionales, únicos marcos aptos para la democracia. En el terreno económico, los euroescépticos sostienen que la UE supone una consagración de las doctrinas neoliberales y daña los intereses de las clases más desfavorecidas. Y en el campo social, cultural y simbólico, señalan a la macroestructura supranacional como el epítome de un universalismo despersonalizador que viene aniquilando las identidades históricas, y al que por tanto urge poner freno. El propio título de este artículo, “Europeos, pero no tanto...”, alude con ironía a esa condición cuanto menos sorprendente o paradójica de estos movimientos nacional-populistas, que llevan el desdén hacia la UE en el frontispicio de sus discursos, pero que

al mismo tiempo reivindican el carácter europeo y hasta europeísta de sus propios proyectos políticos porque entienden que es precisamente la empresa federalizante y post-nacional de la UE lo que daña, disuelve y deshace a la Europa auténtica y genuina, esa que en realidad está hecha de culturas, de tradiciones y de patrias.

## Razones de una crecida

Pocas dudas puede arrojar la relación causal entre la llamada Gran Recesión económica que arrancó en 2008 y la crisis, aún vigente, del paradigma liberal en las naciones occidentales. La correlación entre el descenso del bienestar material de las comunidades humanas con el descenso de legitimidad de quienes las gobiernan no es regla matemática en la Historia, pero sí una tendencia innegable. La crisis económica sufrida por buena parte de Europa tuvo su traducción en la pérdida de estatus material entre buena parte de las clases medias y modestas (Milanovic, 2016), y derivó en un incremento de la desconfianza hacia el sistema liberal. Su contrapartida estuvo en las crecidas de popularidad de movimientos nacionalistas que o bien se fundaron al calor de la recesión, o que salieron de la marginalidad política en que dormitaban desde hacía años. Pero más allá de la crisis, es también la propia dinámica de la globalización –desterritorialización del poder, financiación y digitalización de la economía, evanescencia de las fronteras nacionales– lo que ha avivado entre ciertos segmentos de la población nostalgias de materialidad y de aduanas, que son para muchos sinónimos de control y de certidumbre. También el fenómeno migratorio está altamente ligado a la mundialización. El incremento en el tráfico de los flujos sur-norte se ha visto acompañado de los rechazos hacia los extranjeros en los países europeos. Una reacción defensiva de quienes entienden a la inmigración como antesala de un triple problema: incapacidad de los Estados de mantener sus debilitados sistemas de protección social, degradación de las condiciones del mercado laboral y disolución identitaria y cultural en la sociedad de acogida.

La concatenación de los factores antes descritos ha llevado a que en casi todos los países de Europa se rediseñen los paisajes políticos, en el sentido de una mayor fragmentación de los panoramas electorales y de las instituciones representativas. Los bipartidismos imperfectos –en los cuales dos fuerzas sistémicas de carácter socialdemócrata y liberal-conservador casi acaparaban de manera turnante el poder– han dado paso a circunstancias más complejas, derivadas del incremento de apoyo popular a opciones situadas bien a la izquierda de la socialdemocracia o bien –y sobre todo– a la derecha de los conservadores moderados. Beneficiado por una doble defeción, el nacional-populismo habría actuado como receptáculo para los votos de descontentos venidos de regiones ideológicas y sociológicas bien dispares. Por una parte, electores tradicionales del centro-derecha hastiados del pragmatismo tecnocrático de sus referentes políticos, que optan por apoyar a opciones más genuinas e ideologizadas. Y por otra parte, electores ubicables en la clase media-baja

o modesta y trabajadora, tradicionalmente abstencionistas o incluso votantes de la izquierda, que no se reconocen en la agenda de “progresismo cultural” patrocinada por esta última –defensa de minorías e identidades particulares, tutela del multiculturalismo cosmopolita, benevolencia hacia la inmigración, centralidad de las preocupaciones feministas, ecologistas y postmateriales– y la relegación a un segundo plano de cuestiones otrora básicas en el discurso de la izquierda: trabajo, seguridad, crecimiento económico y redistribución del mismo. Ante tal desconfianza, el populismo de derecha dice prestar oídos a las cuitas de ese electorado popular que recela de la inmigración o de las élites afanadas en sus experimentos culturales. Burguesía reaccionaria y proletariado autóctono parecen, pues, unirse en sus reproches. En el marco posterior a la Guerra Fría, las dos grandes tendencias sistémicas parecen haber convergido: los progresistas aceptando el mercado libre y los conservadores asumiendo el *welfare state*; participando ambos –aunque con intensidades distintas– de un mismo paradigma cultural universalista. De ahí que la gran frontera ideológica de las sociedades europeas ya no esté tan claramente situado entre la izquierda y la derecha, sino entre el globalismo (del que participan todos los *moderados* del espectro político) y el nacionalismo (del que participan las partes más duras de la izquierda y sobre todo de esa nueva derecha emergente).

Por último, una explicación de la crecida nacional-populista no puede dejar de aludir a un fenómeno como el del actual imperio de las tecnologías digitales de la información y de la comunicación. Un reinado que hoy se extiende sobre todas y cada una de las facetas de la existencia individual y colectiva, y entre ellas, por supuesto, el poder y la política. Si por una parte esas nuevas tecnologías han podido enriquecer la democracia quitando poder a los canales tradicionales de información y comunicación, no es menos cierto que su irrupción también ha servido, en muchos aspectos, para restarle calidad al debate público tensionándolo gratuitamente. Sin duda, la democratización tecnológica ha abierto las puertas a corrientes contestatarias de



todo signo capaces de impugnar el modelo representativo demo-liberal. Su lógica pretendidamente horizontal no se aleja de la lógica populista (Brochet, p. 149), al estar basadas ambas en la elusión de los filtros intermediarios de aquellas voces con capacidad prescriptiva –elites académicas, institucionales, mediáticas– que operaban en otros tiempos. Que la democratización de las nuevas tecnologías y el descrédito de partidos, instituciones y *media* que hasta hace poco eran hegemónicos, hayan coincidido en el tiempo, no es en absoluto producto de la casualidad.

## El archipiélago social

Bajo las circunstancias comunes que explican la crecida nacional-populista en Europa están las sociedades concretas y toda su heterogeneidad interna. Son muy diversos los clivajes que seccionan internamente a las sociedades posmodernas, fracturas con direcciones no solo marcadas por lo material o lo económico. Y aun a riesgo de incurrir en generalizaciones, podría sugerirse que el discurso nacional-populista tiende a progresar más en las regiones rurales y periféricas que en las ciudades de amplio tamaño, al ser aquellas donde residen más ciudadanos que se sienten perjudicados por el liberalismo global. En segundo lugar, el electorado de los partidos nacional-populistas es predominantemente masculino, hasta el punto de que se ha llegado a catalogar el fenómeno como la traslación a la política de una frustración, la del hombre blanco, desnortado por los valores dominantes de una posmodernidad metafóricamente femenina (Verdú, 2007, p. 28). En lo que respeta a la edad del votante medio de estas formaciones es más difícil emitir juicios claros. Los simpatizantes de esta *alt-right* son en algunos países principalmente jóvenes (Grecia), mientras que en otros se concentran en las franjas de edad maduras (Francia, Alemania, Austria) o incluso avanzadas (Polonia, Reino Unido). En cuarto lugar, los respaldos al nacionalismo proceden preferentemente de segmentos de modestos niveles de estudios y de cualificaciones profesionales bajas. Y en fin, desde el punto de vista económico, esa derecha populista parece haber devenido la referencia electoral no tanto de los estratos inferiores de la escala social, sino de los ciudadanos de la clase media-baja, asustados ante la idea de que la mundialización y sus fenómenos aparejados derriben el modesto estatus que se habían ido construyendo al calor de un Estado del bienestar cada vez menos fiable.

Si heterogéneo es, en lo sociológico, el electorado del nacional-populismo, también son variadas sus caras y estrategias en función del país europeo en el que el fenómeno se presente. Las circunstancias o trayectorias históricas particulares de cada nación confieren al populismo una modulación específica. Partidos como RN francés, AfD alemán, *Peruss* finés, *Lega* italiana, PiS polaco, *Fidesz* húngaro, UKIP británico, PVV holandés, FPÖ austriaco –por poner solo algunos ejemplos– comparten un listado de reivindicaciones y un conjunto más o menos fijo de rechazos, pero moldean sus respectivas estrategias y praxis de acuerdo con algunos rasgos a veces casi exclusivos

de sus electorados y en función también de las coyunturas políticas locales en las que se desenvuelven. Así, veremos situaciones en las que los partidos nacional-populistas son mayoritarios y gobiernan ( Hungría y Polonia, por ejemplo), otras en las que el nacional-populismo tiene una presencia marginal (Irlanda o Portugal), otras en las que centro-derecha y el nacional-populismo colaboran al frente de instituciones de poder (Austria, Dinamarca o Finlandia, durante algunas coyunturas de los últimos años), otras en las que el nacional-populismo, aun siendo considerablemente apoyado en las urnas, choca contra los cordones sanitarios que les tienden las fuerzas sistémicas (Alemania, Suecia o Francia, entre otros) o incluso otras circunstancias, principalmente circunscritas a los Balcanes orientales, en las que el centro-derecha adopta un discurso más liberal y pro-europeo que el centro-izquierda, que es el que asume, siquiera parcialmente, tesis o reflejos nacional-populistas.

## Las tres paradojas

El ascenso registrado en las dos últimas décadas por estas opciones políticas –entre cuyos rasgos más definitorios está el del euroescepticismo– autoriza al observador a plantearse algunos interrogantes relativos a la viabilidad del fenómeno, a sus visos de sostenibilidad en el tiempo o incluso a su profunda y no siempre discernible naturaleza. Y a pesar de los limitados márgenes a los que se ha de ajustar este ensayo, es pertinente enumerar algunos de ellos. El primero tiene que ver con los presuntos logros parciales alcanzados por estos movimientos y sus posibilidades de éxito en lo venidero. Su trabajo de resistencia en pro de la conservación de la soberanía estado-nacional frente a las corrientes universalistas y homogeneizadoras asociadas al liberalismo y la globalización aparece en ocasiones como un empeño quimérico, de tan potentes como son estas últimas. Unos esfuerzos quizá abocados, por liliputienses, a la melancolía y a la esterilidad. Sin embargo, no deja de planear igualmente la duda sobre las posibilidades reales de triunfo de las fuerzas antagónicas, aquellas de signo federalizante y centrípeta que, para esculpir un mundo más homogéneo, buscan doblegar los muros que erigen los apegados a la tradición y al pretérito. Daría la sensación de que ninguna de las adversarias se impone radicalmente, pues ni el nacionalismo detiene al torrente nivelador de la globalización y de sus agentes, ni esta, pese a su potencia, consigue terminar su tarea de interconexión generalizada. Los deseos e ideales de ambos adversarios, en suma, parecen chocar contra unas realidades tozudas e inflexibles.

Sería también lícito preguntarse sobre el sentido profundo de la actual ola de patriotismos estatales, si será esta una exhibición última de fuerza ante el cerco simultáneo creado por los pequeños regionalismos y por la mundialización homogeneizadora; o si, por el contrario, ese recobrado vigor al que hoy se asiste, lejos de ser una nube pasajera, tendrá opciones de sobrevivir. En este segundo caso, quizá lo que se está viendo ahora sería el despertar de unas lealtades políticas de tipo

nacionalista que simplemente habían sufrido un letargo o un paréntesis coyuntural, el de la Guerra Fría y la década que le siguió. De acuerdo con tal hipótesis, la globalización no estaría capacitada para imponer una victoria innegociable y el mundo tendría que regresar a una situación de equilibrio trilateral, en el que –recuérdese el símil introductorio de este artículo– Rothko, Modigliani y Kokoschka tendrían que coexistir sin vencedor claro.

El auge del nacional-populismo suscita igualmente interrogantes ligados a su propia denominación y tipificación. Quizá con el tiempo sea posible caracterizar a esa *alt-right* con más tino que el que a menudo se exhibe y podamos determinar más precisamente si se trata, en efecto, de una ultraderecha movida por pulsiones primarias y regresivas (Stanley, 2018), o si por el contrario el fenómeno es más bien el simple producto de un deseo, hasta cierto punto entendible, de volver a determinadas ortodoxias culturales tras décadas de anomia individualista. El análisis del fenómeno da pie también a reparar en la correlación que hay entre su éxito y las zozobras del Estado del Bienestar occidental. Habría que plantearse si este está en situación de casi agotamiento, y si los episodios de rebeldía a los que hoy se asiste (piénsese por ejemplo en los *gilets jaunes* franceses) son las agitaciones de contrariedad propios de quienes se niegan a aceptar cambios en el fondo naturales e irremediables, o si por el contrario ese declive es reversible, porque sus causas están en la incompetencia, el egoísmo y la iniquidad de unas élites que solo merecen ser depuestas. En cualquiera de los casos, las respuestas que se puedan dar a tal pregunta guardarían relación con otro interrogante, que es el de las formas en que la realidad es socialmente percibida y las maneras en que esas percepciones se materializan políticamente. Cabe seguir analizando si esa rebeldía nacional-populista contra los partidos y las élites ligadas al consenso liberal-socialdemócrata es el resultado, más que nada, de un victimismo demagógico propio de pueblos malacostumbrados al bienestar, o si por el contrario las quejas están más que justificadas por una desigualdad y una vulnerabilidad en realidad evitables, causadas por unas élites ineptas, miopes o egoístas (Lizoain, 2018).

La lista de las perplejidades ante las que nos coloca el fenómeno nacional-populista y euroescéptico de las últimas décadas es, en efecto, densa. Y ello porque en un mundo que parece caminar hacia la interconexión de pueblos y culturas, hacia el borrado de diferencias, hacia la igualación de niveles de vida, emergen al menos tres paradojas. Llama la atención que sea la globalización la que aviva, por efecto *boomerang*, a estos movimientos nacionalistas. En el orden económico, igualmente revelador es que la intolerancia ante la desigualdad social y material parezca incrementarse a medida en que esta es objetivamente menor. Y no menos llamativo resulta que el incuestionable incremento de las semejanzas entre naciones y comunidades humanas haya avivado en estas, precisamente, sus deseos de escudriñar las más pequeñas diferencias que les separan del resto, por fútiles y superficiales que sean, para erigirlas en argumentos políticos: el reciente espectáculo de pueblos culturalmente intercambiables e histórica y geográficamente concatenados, cuando

no entremezclados, forcejeando por levantar, o no, nuevas fronteras (escoceses frente a británicos, catalanes frente a españoles) resulta harto ilustrativo.

Es muy difícil pronosticar sin miedo al error cuáles serán los escenarios futuros, vaticinar cómo saldrá de su atolladero un proceso europeo de integración que hoy encuentra la desafección de segmentos sociales no abrumadoramente mayoritarios, es verdad, pero tampoco desdeñables en lo cuantitativo, y que además desde hace algunos años tienen con altavoces institucionales, partidistas o mediáticos de relieve. Podríamos llamar “crisis del punto intermedio” a este tipo de situaciones de indefinición como la que hoy viven los pueblos europeos: aquellas en que el sujeto se ve simultáneamente tirado hacia delante y hacia atrás, y en las que o bien se deja llevar por su anhelo de algo mejor a sabiendas de que su consecución es incierta o bien opta por renunciar a ello para conservar algo valioso de lo que no quiere deshacerse. Las actuales dificultades vividas en la UE acaso estén también generadas por dos corrientes que tiran en sentidos opuestos y proponen muy distintas salidas al *statu quo*. Aquellos que no desean quedarse en lo ya alcanzado y quieren remar hacia delante en un sentido federal para llegar a una costa que, en teoría, traería cambios a mejor; y aquellos otros que –según se ha estudiado en este artículo– apuestan justo por lo contrario: echar el ancla, detenerse, o incluso remar en sentido inverso para recuperar todo lo que el viaje efectuado habría hecho perder.

## Bibliografía

- Brochet, F. (2017). *Démocratie smartphone. Le populisme numérique, de Trump à Macron*. Bourin.
- Fukuyama, F. (1992). *The end of History and the last man*. Free Press.
- Gellner, E. (1983). *Nations and nationalism*. Ithaca: Cornell University Press.
- Harari, Y. Noah. (2017). *Veintiuna lecciones para el siglo XXI*. Debate.
- Lizoain, D. (2018). *El fin del primer mundo*. La Catarata.
- Milanovic, B. (2016). *Global inequality: A New Approach for the Age of Globalization*. Harvard University Press.
- Stanley, J. (2018). *Facha. Cómo funciona el fascismo y cómo ha entrado en tu vida*. Blakie Books.
- Swyngedouw, E. (1997). “Neither Global nor Local: Glocalisation and the Politics of Scale” en Cox, K. (1997). *Spaces of Globalization: Reasserting the Power of the Local*. Guilford.
- Védrine, H. (2016). *Sauver l'Europe*. Lévy.
- Verdú, V. (2007). *Tú y yo, objetos de lujo. El personismo: la primera revolución cultural del siglo XXI*. Random House. ■